

prieta, que los yelmos no pudieron tomar, y se quedaron cabe la fuente; y llegando al escudero, vieronle estar en el árbol, y el oso que subía por lo tomar; mas ellos dieron muy grandes voces porque lo dejase, á las cuales el oso volviendo el rostro, vido los caballeros que contra él iban, descendió cuanto mas pudo, y se volvió para ellos levantado en los piés traseros. Maneli, como de mas edad y mas recio que el Rey fuese, iba delante, poniendo el escudo encima de la cabeza, y la espada en la mano fué para él, y dióle un gran golpe en la cabeza, que le derribó la una oreja con parte de las quijadas; mas el oso le tomó entre sus fuertes brazos y trabo con los dientes en el escudo tan fuertemente, que todos pasaron de la otra parte; así que, Maneli fue tan embarrado de los brazos, del oso que consigo apretado le tenía, que no se pudo valer ni hacer mas, y parecióle que todos los huesos del cuerpo le quebraban. Mas á esta hora llegó el rey de Dacia, y hirió con su espada al oso en el un brazo de tal golpe, que se lo cortó todo á cercen, junto á la mano, de manera que luego cayó en tierra. El oso dió un gran bramido, y soltando el caballero, comenzó de huir en tres piés, y el Rey en pos dél corriendo por lo herir; y no lo pudiendo alcanzar, tornóse donde Maneli estaba asaz quebrantado de la batalla del oso; y cómo llegó á él, preguntóle cómo le iba. «Mal me va, dijo él; que aquella mala bestia endiablada me ha quebrantado todo mi cuerpo.»

En tanto descendió el escudero del árbol muy espantado, y vino para donde ellos estaban, y díjoles: «Señores, esta tierra mas me parece de animales brutos que de otras gentes; muy bien será, si os parece, de volveros á la fuente, y entre tanto que la mar sosiega su furia, podria ser que por allí acudiese alguna persona, si la isla no es despoblada. — Hagámoslo así, dijo Maneli, porque pueda ser en fuerza tornado.» Así se volvieron á la fuente, y llegando cerca della, vieron estar dos jimios muy grandes, que tenían los yelmos en las manos, y poníanlos en las cabezas y quitábanlos; y cuando vieron á los caballeros subiéronse encima de los árboles, llevándose los yelmos; andaban tan ligeros de unas ramas en otras, como si ninguna cosa llevaran. Los caballeros, que debajo estaban, dábanles voces y tirábanles piedras; mas los jimios se guardaban muy bien dellas, regañando los dientes tan fuertemente, que los hacían crujir. Cuando los caballeros así vieron sus yelmos perdidos por tal aventura, y lo que los jimios hacían, y cómo los amagaban con ellos para se los tirar, y los detenían, ni pudieron estar que de muy gran gana no riyesen; mas no sabían qué hacerse, que la entrada de la mar les defendía la tormenta; pues estar en aquel yermo, no teniendo otra vianda, sino algun poco que les había quedado, no esperaban otro ningun remedio que á ellos bueno fuese. Pero acordaron de quedar allí aquella noche, y mandaron á Argento que llamase al otro escudero, que en la barca había quedado, y que trajese algo para que comiesen, que bien menester lo habían. Esto se hizo luego como fué mandado, y venidos con el recaudo, desarmáronse luego los caballeros, y cenaron cabe aquella fuente, hablando en muchas cosas de placer. Y cuando fué tiempo de dormir, acostáronse sobre la fresca yerba, que allí había mucha,

y durmieron hasta la mañana, como aquellos que los dias pasados poco sosiego ni reposo en la mar habían tenido, temiendo de ser anegados.

Y siendo el dia venido despertaron, y vieron debajo de los árboles en el campo sus yelmos; pero no hallaron las lorigas, de que muy maravillados fueron. Y buscando al derredor de sí, miraron encima de los árboles y vieron cómo los jimios las tenían vestidas, y comenzáronse á santiguar, creyendo que algunos diablos fuesen aquellos jimios. Mas Argento, el escudero del rey de Dacia, que agudo y de muy sutil ingenio era, dijo á los caballeros: «Señores, busquemos algun modo para cobrar las lorigas, y vamos de aquí, que la vianda nos falta; que menos peligro será tentar la fortuna de la mar, con la piedad de aquel muy alto y poderoso Señor, que morir en esta isla yerma de hambre. — Bien decis, dijeron ellos; mas ¿cómo se hará eso, que los árboles son tantos y tan altos, que por ninguna manera se podrán haber los jimios.» Entonces fué á cortar una rama de un árbol, la que mas le pareció aparejada para su obra, y hizo della un arco, y puso en él una cuerda de seda, de las que en los escudos traían, con que á los cuellos los echaban. Asimesmo hizo flechas con puntas muy agudas, y paróse debajo de los árboles, y comenzó con ellas á tirar á los jimios, y por mucho que ellos se guardaban, el escudero, que de aquella arte sabia, dábales en las caras y cabezas y por los cuerpos, de manera que les hacia sangrar por muchas partes. Los jimios querían huir, mas embarzábalos el peso de las lorigas; así que, no se podían valer y daban muy grandes gritos, de que los caballeros tomaban muy grande placer, y reían mucho, y esperábanlos con las espadas para los matar cuando cayesen. Finalmente, tanto los aquejó Argento, y tantas heridas les dió, que desahogados de sus propias fuerzas, derribó al uno á tierra, y luego despues al otro, y fueron luego tomados por los caballeros, los cuales no los quisieron matar, antes en habiéndoles quitado las lorigas, los soltaron luego, porque guareciesen.

Esto así hecho, armáronse, queriéndose tornar á embarcar, teniendo por mayor fortuna aquella de la yerma y deshabitada tierra en que no tenían esperanza, que la de la mar; que así como la muerte es el reparo de la vida, así della les podria esta ocurrir; pero de otra manera les aconteció, que llegados á la ribera, hallaron que la mucha fuerza de los vientos quebrantó la cadena con que la barca presa estaba, y la había metido á lo hondo, de que muy desmayados fueron, creyendo que ya de todo en todo, sin ninguna esperanza de alcanzar ninguna fama ni gloria, la muerte les era venida; y turbados de ver un tan extraño caso, acordaron de se tornar á la fuente que ya oistes, y esperar con aquella poca vianda, que para dos dias les podia bastar, esperando que la misericordia de Dios, que allí los había llevado, los sacaria á puerto.

CAPITULO XXXIII.

De que estando esperando estos caballeros la aventura que de Dios les viniese, la tormenta de la mar echó allí á aquel valiente Frandalo, con su nave, en que á la doncella Carmela, embajadora de Esplandian, captiva traía, con el cual Maneli el Mesurado por librar á la doncella aceptó la batalla.

Pues ya pasados aquellos dos dias, que ninguna cosa que comer pudiesen les quedaba, esperando, sin ninguna esperanza de la vida, la cruel muerte, estando sobre una muy alta peña, mirando la gran braveza de la mar, que aun ninguna cosa había sosegado, víoles el remedio que agora oiréis, mas no sin gran afrenta y peligro de sus vidas; que á muy poco rato del dia vieron hácia sí venir una nave contra donde ellos estaban, que la fortuna por allí traía, sin ningun gobernalle, de que no poco placer sus ánimos sintieron en verla así venir. Pues ya llegada á la ribera la nave, y los caballeros al agua, preguntaron á los hombres que en ella venían cómo era aquella fusta. Respondieron ellos: «Es de aquel que su mayor alegría es cuando pone en mas tristeza y tribulacion aquellos que le encuentran. — Aunque ese sea, dijeron los caballeros, nosotros la tenemos tan grande, que regalo nos será cualquier cruera que sacándonos de aquí nos sea hecha; y decidnos, si vos place, ¿quién es este que decis que tal espanto pone? — Este es, dijeron ellos, aquel valiente Frandalo, que con su grande esfuerzo corre y sojuzga toda la mayor parte destas mares con su gran flota; que esta tormenta que veis ha esparcido en diversas partes, quedando él en esta sola fusta, que por muchas veces ha sido en punto de ser anegada.» Pues á esta sazón que hablaban salió al borde de la nave un hombre, y como vido los caballeros así armados, dió grandes voces diciendo: «Salid, Señor, salid; que aquí están los dos caballeros que mataron á vuestro primo, hijo de hermano.» A estas voces salió un caballero grande de cuerpo y muy fiero de rostro, y dijo contra los caballeros: «¿Sois vosotros los que matasteis á Lindoraque, mi primo? — No sabemos, dijo Maneli, quién fué vuestro primo, ni hasta agora desde que caballeros fuimos, nunca nuestras espadas fueron probadas en cosa que afrenta se pueda llamar. — No lo creais, dijo el escudero; que estos son los caballeros que yo digo, que yo los conozco en las armas, y así lo dirá la doncella que aquí presa traeis.» Frandalo les dijo: «Caballeros, no conviene negar lo que hicistes, pues que no vos ha de aprovechar; que forzado es que padezcáis la muerte, porque la distes al mejor caballero del mundo y al que mas amaba.» Maneli, como era muy mesurado, respondióle diciendo: «Si tal fué aquel vuestro primo, como vos decis, bien osariamos aventurarnos al peligro con que nos amenazais, por haber ganado la gloria de tal vencimiento; pero de lo que por nos pasase no terniamos por honesto de nos loar, cuanto mas aquello que nunca hecimos. — Pues salga la doncella, dijo Frandalo, porque nos declare la verdad.»

Entonces aquel escudero fué por ella y trájola, y como ella vió á los dos caballeros, dijo en alta voz: «Santa María! ¿quién son estos que veo? que las armas son de mí conocidas, mas no sus rostros.» Y dijo: «Caballeros, decidme por Dios, ¿dónde hubistes esas

armas? — Buena doncella, respondió el rey de Dacia, ¿por qué lo preguntais? — Porque, dijo ella, yo las vi á dos caballeros que, si aquí se hallasen, procurarían hasta la muerte pelear para me sacar desta prision. — Pues decidnos, si os place, dijo el Rey, quién son los caballeros á quien estas armas vistéis, y si la razon nos obliga de os poder librar y las fuerzas para ello nos bastan, la voluntad no faltará de lo poner en ejecucion. — Pues que así vos place, dijo ella, decir vos lo he, y cumplid lo que prometéis. — Sabed, dijo ella, que al uno llaman Talanque y al otro Ambor, compañeros de guerra mi señor cuya yo soy. — ¡Ay doncella, dijo Maneli, por Dios decidnos lo que dellos sabeis! — Pues rogad, dijo ella, á este caballero que por fuerza me trae, que me deje libre, y todo lo que yo supiere vos será por mí manifiesto; que no será poco de contar, ni el placer que dello, si los amais, se vos seguirá.» Entonces ellos rogaron muy ahincadamente al caballero de la nave que les diese la doncella, pues que contra su voluntad la traía. Él se comenzó á reír como en escarnio, y dijo: «No pasará mucho tiempo que os porné yo en tal parte que ella habrá de ser rogadora por vosotros; y procurad de vos defender, y no de huir, que en esa isla yo muy bien conozco que no podréis escapar.»

Maneli, que así se oía amenazar, hubo muy grande enojo, y dijo: «Caballero, con mas razon podríamos nosotros decirvos eso, porque estáis en parte donde libremente podeis ir donde os placera; que nosotros, ni tenemos fusta ni reparo en la tierra, con que las vidas se puedan sostener. Y pues vuestro corazon basta á vos poner en tanta soberbia, baste para vuestra persona la ejecutar con aquel que de nosotros mas le contentare, viniendo vos aquí donde nosotros estamos, ó con seguro de todos los vuestros, sino de vos solo, entrando allá en esa nave donde estáis, y el vencedor lleve la doncella.» Frandalo, que en muy poco los tenía, así por su tierna edad dellos como por la sobrada valentía que tenía, comenzó á demandar sus armas, que luego se las trujesen, y así se hizo; que él fué armado y muy ricamente, como aquel que por sí tenía todas las demás riquezas de los que en aquellas partes navegaban. Y saltando en la barca de la doncella que de la nave trabada estaba, salió en tierra, donde los caballeros estaban, el yelmo enlazado y el escudo al cuello, y díjoles: «Mozos desaventurados, habed piedad de vuestra juventud, dejando las armas y poniéndoos en la mi merced.» Dejemos ya tantas amenazas, dijo Maneli; que yo fio en Dios que esa merced presto la pediréis, y escoged el uno de nosotros que la doncella vos demande, y el otro en esta barca se pasará á vuestra fusta, porque la batalla se haga con igual pérdida. De cualquier manera que sea, dijo Frandalo, no os me podeis escapar, que en poco tengo yo batalla de dos caballeros, aunque muy señalados en el mundo fuesen; pero á tí quiero dar esta gloria, que será la mayor y postrimera que en tu vida podrás gauar, en te hacer tan osado, que solo conmigo en el campo quedes. Maneli no le respondía cosa alguna, y volviéndose al rey de Dacia, le dijo: «Buen señor, pues que á este caballero place que yo haya la primera batalla, mucho os ruego que vos paseis á la nave, y si mi ventura fue-

re de morir aquí, sabed lo que la razón vos obligare.» El Rey, que vido ser aquello justo y en acrecentamiento de la honra dellos, saltó en la barca y pasóse á la nave donde los hombres y la doncella estaban, rogando á Dios que diese la victoria á su compañero, y á él esfuerzo para le vengar si otra cosa del no ordenase.

CAPITULO XXXIV.

De cómo Frandalo fué vencido en la batalla, y á merced de Maneli se rindió, y de cómo le ganaron la nave y libraron la doncella.

Quedando así solos el fuerte Frandalo y Maneli el Mesurado, como habeis oído, Maneli le dijo: «Caballero, dadnos la doncella y id vuestra vía; que de las palabras de soberbia que habeis dicho, como sobre vos torne el denuesto, yo vos doy por libre dellas. — Pues que ya el corazón te fallece, dijo Frandalo, deja las armas, y habré piedad de tí, y será hacer lo que pocas veces acostumbro de hacer. — Agora te guarda, dijo Maneli; que yo quiero ver si tus fuerzas bastan para quitar de culpa á tu gran soberbia.» Entonces se acometieron muy bravamente; que el caballero era muy membrudo, como aquel que venia, de parte de su madre, de los mas fuertes jayanes de todo el señorío de Persia; y de su padre, de muy valientes y esforzados caballeros paganos, que así lo era él. Mas Maneli, como quiera que de poca edad fuese, y nunca en otra tal necesidad se hubiese visto, sino solamente en el acometimiento del socorro de Urganda la Desconocida, aquella generosa sangre del muy valiente y muy esforzado rey Cildadan, su padre, le daba tanta y tan grande osadía, que antes la muerte mil veces que una sola vergüenza queria sufrir. Y diéronse grandes y muy esquivos golpes de las espadas sobre los yelmos, que el fuego en vivas llamas hacian en ellos encender. Así que, las cabezas, sintiendo su gran dureza, eran algunas veces abajadas hasta los pechos. Pues los escudos no quedaban sin su parte recibir, de tal manera, que el campo era sembrado de sus rajadas, tanto, que espanto grande ponian á aquellos que de la nave los miraban, y maravillábanse mucho, según las grandes cosas á Frandalo habian visto vencer, que tanto un solo caballero le durase en el campo. Y el rey de Dacia, que no tenia creído que las fuerzas de Maneli tanto podian pujar, estaba muy alegre, porque lo veía andar muy ligero y que nada de la fuerza le faltaba, pero no sin mucho temor esperando el fin de la batalla, viendo la gran valentía de Frandalo, que con mucha sabiduría daba y recibía los golpes. Mas los caballeros anduvieron hiriéndose por todas partes, sin un punto descansar una hora grande, que ninguna mejoría se podía conocer del uno al otro. Pero la doncella, que los miraba, decía: «Si vosotros sois de aquel linaje, de aquella compañía de mi señor, y de los otros que estas armas traen, no tengo en duda que lleveis de aquí la gloria del vencimiento, y yo la libertad con que mi embajada cumplir pueda.» Mas dígovos de los hombres que en la nave eran, ellos no pensaban que Maneli hubiese la victoria, porque todos los mas dellos andaban allí por fuerza contra su voluntad; que nunca á la tierra llegar los dejaban.

A esta sazón ya los caballeros andaban muy cansados, y sus armas rotas por muchos lugares; así que, poca defensa en ellas había. Las lorigas eran desmalladas por muchas partes, por donde la sangre salía en mucha abundancia, que el campo hacia teñir. El caballero de la nave se apartó afuera un poco, y dijo: «Caballero, ponte en mi poder y no quieras así morir; que por la bondad que en tí conozco, mas que en otro alguno de cuantos he probado, yo haré contigo lo que nunca con ninguno hasta hoy hice. — Danos la doncella, dijo Maneli, y aquella barca con alguna vianda en que nos vamos, y quitar te he la batalla; que de otra guisa, ni tus palabras ni fuerzas te quitarán que no mueras á mis manos; y si luego no lo otorgas, despues será excusado; que yo te digo que hasta que tu muerte ó honra sea acabada, por mí no te será dado espacio alguno.» Y poniendo lo poco del escudo que le había quedado delante de sí, fué para él con gran esfuerzo; mas al otro, como quiera que muy cansado y herido estuviese, no le halló con ninguna flaqueza, antes vino contra él, y diéronse muy grandes y esquivos golpes de las espadas, que se hacían de uno y de otro cabo revolver, y no parecía que de fuerza nada les fallciese. Pero Maneli, considerando el gran peligro en que estaba, donde antes la muerte que el vencimiento había de recibir, sabiendo la crujeza de aquel caballero, que no era satisfecha sino cuando en mayor grado la ejecutaba, procuró de poner todas sus fuerzas, en las cuales, despues de Dios, tenía la esperanza de su salvación, y aquejó tanto á Frandalo con tan duros y mortales golpes, que lo traía como desatinado, y ya no entendía sino en los recibir en la espada. Mas sintiéndose ser herido á punto de muerte, así de la mucha sangre que se le iba, como de los muy grandes golpes que el otro le daba, sabiendo que en la tierra no había guarida, metióse por el agua, creyendo hallar en los suyos algun socorro; Maneli, aunque muy mal herido estaba, entró tras él, mas no pudo llegar á él, que como fuese mas alto que él, donde le daba á Frandalo á los sobacos, le daba á él á la garganta.

A esta sazón fué muy gran revuelta en la nave, que cuatro criados de Frandalo saltaron muy presto en la barca, y fuéronle á socorrer. Maneli, que hubo recelo que le anegaran, tornóse muy presto á la tierra. Pues aquellos hombres con muy mucho afán tomaron á Frandalo tan desacordado, que casi no tenía mas ningún sentido. Los otros, que en la misma fusta estaban, tomaron las armas para matar al rey de Dacia; mas aquellos que por fuerza allí traían, pusieron de su parte, y comenzóse entre ellos una peligrosa batalla. La doncella estaba á las espaldas del Rey, escudándose con él, y él la amparaba cuanto podía, y daba grandes golpes, según su edad, á los que á él se allegaban; mas como vido que de algunos dellos era ayudado, cobró mas corazón, y metióse entre ellos, hiriendo y matando los que podía, que los hallaba desarmados, que no tenían los mas dellos sino unas varas con puntas de hierro, que así los traía Frandalo á sabiendas, porque no se le alzasen; y de tal manera los aquejó con los que le ayudaban, que los hizo rendir á que merced le demandas. En tanto los de la barca aguardaban si los suyos

vencerían para se acoger en ella con su señor, que algo mas acordado ya era. Y cuando vieron que el caballero extraño tenía por sí la fusta, fueron muy desmayados, y no sabían qué se hacer; que á su señor se le iba tanta sangre de las heridas, sin que remedio le pudiesen poner, que otra cosa alguna no entendían, sino verle ante sí morir.

Maneli estaba, como habeis oído, en tierra, á la ribera de la mar; que los de la fusta no podían tomarle como querían, por la bájura del agua, ni él á ellos podía pasar; y Argento, el escudero del Rey, y Milton, el otro su escudero, quitadas de sí las camisas, tomábanle la sangre, que mucha se le iba. Frandalo, que se veía ya á punto de muerte, sin que remedio alguno tuviese, aunque pudiera irse en la barca, que lo pudiera bien hacer, no se atrevía, porque, según el muy gran trecho que de navegar había, y la flaqueza suya le atormentaba, no pensaba que una legua le durase la vida; y como no hallase remedio, quiso antes con gran atrevimiento tentar lo que hallaría en aquel caballero su enemigo, que esperar el cruel trago de la muerte, y dijo con voz flaca: «Caballero, si me aseguras la vida, seré puesto en la tu merced, esperando hallar en ella algun reparo.» Maneli, que con aquello su honra era satisfecha, mas que con dejarlo así morir, otorgóselo, y mandó á los hombres que sin recelo lo llevasen á la nave, y así se hizo; que el Rey y los que con él eran, lo tomaron de la barca y lo pusieron en su lecho, donde por algunos de los suyos le fué tomada la sangre, y curado como lo había menester, y mandó pasar la barca, y trajeron á Maneli y á los escuderos. Mucho se alegraron todos con aquella buena ventura que Dios les había dado, aunque no sin gran peligro, como oído habeis; Maneli fué asimesmo curado y puesto en otro lecho, y la doncella los abrazaba muchas veces, diciendo: «La vista destas vuestras armas me hacen recordar de aquel mi señor y de sus amigos, con dulce memoria y mas crecido deseo de los ver.»

CAPITULO XXXV.

De cómo, esperando estos caballeros buen tiempo para navegar, y curándose de sus heridas, quisieron saber de la doncella quién era y las nuevas que sabía, y de lo que ella y un escudero respondieron.

Esto así acabado, quisieron los caballeros saber de la doncella quién era, y dónde había visto á Talanque y á Ambor; y estando asentados el Rey y ella ante el lecho de Maneli, rogáronle que se lo dijese, como lo había prometido. La doncella les dijo: «Mis buenos amigos, según la grande alegría que mostrastes cuando dellos os dije, bien parece que los amais mucho, y dígoos que yo los dejé muy alegres y sanos, en tierra y parte donde mucha honra y gran prez de armas ganaron. Y de mí sabréis que soy mandada del mejor caballero del mundo, y que yendo en su servicio fui tomada por la gente deste Frandalo, que aquí teneis preso, como fueron otros, que tan poco como yo se lo merecieron. Y si mas quereis de mí saber, ponédme en Constantinopla, donde es el fin de mi viaje, y allí os diré cosas muy extrañas y maravillosas, que en la parte donde yo vengo acaecieron.» Cuando los caballeros

vieron que la doncella así se quería encubrir, hicieron llamar al escudero que dió las voces, llamando al caballero de la nave, y dijéronle: «Decidnos luego, ¿qué conocimiento hubistes de nosotros, que así procurádes nuestro daño, afirmando lo que nunca hecimos?» El escudero, que gran temor tenía, dijo: «Señores, pues que sois caballeros; no os debeis maravillar que yo quisiese tomar venganza de la muerte de un señor que me crió, el cual mataron dos caballeros que traían esas mismas armas, no sé si sois vosotros. — ¿Adónde fué eso? dijo el Rey. — Bien cerca, dijo él, de la montaña Defendida, donde yo encontré esta doncella, que iba por un espeso valle de árboles con un caballero sin armas, y luego me partí della, sin que mas supiese, sino que torné donde fué la batalla de los dos caballeros con el Gigante mi señor, y hallélo muerto; y despues supe cómo un caballero de unas armas negras ganó el señorío de aquella montaña, matando por su persona dos muy fuertes jayanes y otros dos caballeros que en el fuerte alcázar della estaban; y otra cosa no sé mas de cuanto he dicho.»

Quando esto los dos caballeros oyeron, dijo el rey de Dacia: «¡Ay santa María, váleme! que aquel debe ser Esplandian, que con tales armas fué armado caballero, y según lo que Urganda del dijo, no á otro ninguno pudo ser otorgada la gloria del tal vencimiento.» La doncella comenzó de reír cuando así los vió de tal manera; Maneli le dijo: «Doncella, por la fe que debeis á la cosa del mundo que mas amais, decidnos lo que desto sabeis. — La cosa del mundo que yo mas amo, dijo ella, es aquel caballero de las armas negras, y no cureis de me conjurar, que no os lo diré sino allí donde os tengo dicho. — Pues ni por eso quedará, dijeron ellos; que si la fortuna no lo estorba, harémos que la nave se guie donde pedis.» Entonces hablaron con los marineros, preguntando si sabrían guiar á Constantinopla. «Muy bien, dijeron ellos; que no es tan lejos, que cesada esta tormenta, no podáis ir allá en cuatro dias. — En el nombre de Dios, dijeron ellos, aguardemos aquí hasta que el tiempo sea enderezado, y haced curar mucho de Frandalo, porque no muera; que podrá ser que así como se le mudó la fortuna, que siendo hasta aquí vencedor, es ahora vencido, se le mudará la condición en seguir otro mejor camino; que así acaece muchas veces.»

CAPITULO XXXVI.

De cómo, el tiempo sosegado, los caballeros, á ruego de la doncella, navegaron á Constantinopla, donde acompañando la doncella al palacio, entregaron á Frandalo en servicio al Emperador y á Leonorna, segurándole la vida.

Así como habeis oído, estaban el rey de Dacia y Maneli el Mesurado en aquella nave que por su gran proeza ganaron, donde hallaron el reparo de vianda y de otras muchas cosas que habían menester, curando de Maneli la doncella, que de otro no se fiaba, y de Frandalo un hombre de los suyos que allí traía para aquello, esperando que la fortuna de la mar sosegase; y así estuvieron veinte dias que de aquel lugar no se osaron mover; en cabo de los cuales, siendo el tiempo sosegado, partieron la vía de Constantinopla; mas

Frاندalo, que ya mejorado era, aunque no en tal manera que del lecho se pudiese levantar, sabiendo el viaje que llevaban, considerando los muchos enojos, y deservicios que al Emperador tenia hechos, y á otros muchos que no se lo merecieron, grande angustia y dolor en su ánimo llevaba, creyendo que ninguno sería poderoso de le quitar de la muerte, si en aquella parte fuese visto; y así lo decía al rey de Dacia, rogándole que tuviese manera con su compañero cómo de aquel gran peligro le pluguiese quitarlo; pero ellos le tenían en buena esperanza, si las cosas hasta allí por él hechas de allí adelante en otra guisa las mudase.

Así navegando como dicho es, al cuarto día en la mañana, cuando el alba quería romper, llegaron á Constantinopla, de que muy gran placer la doncella hubo, teniendo ya por acabado aquello que su muy amado Señor con tanta afición le había mandado que hiciese. Pues allí llegados los caballeros, preguntaron á la doncella qué le placía hacer, y que les dijese lo que les prometiera de Talanque y Ambor, y del caballero de las armas negras, pues que ellos habían cumplido todo aquello que ella había querido. La doncella les dijo: «Buenos amigos, á mí cumple hablar con el Emperador y con su hija, y si á vos pluguiere de me llevar ante ellos, allí sabréis todo lo que yo sé; que mucho holgaréis dello.» Maneli, que aun flaco estaba, rogó al Rey que acompañase á la doncella, y supiese aquello que tanto le cumplía, porque pudiesen hallar aquellos caballeros que tanto amaban. Al Rey le plugo, así por aquello, como por ver al Emperador y á su hija, que tan loada en el mundo por muy hermosa era. Y luego se armó de todas sus armas, salvo el rostro y las manos, y como era muy hermoso y en edad de diez y seis años, y las armas muy ricas, parecía muy apuesto caballero. Y queriendo salir de la fusta con la doncella, dijo le Maneli: «Mi señor, bien será que de nuestra parte le sea hecho algún servicio á esta hermosa infanta, porque de nosotros en esta parte quede alguna memoria, y sea este, que lleveis con vos á Frاندalo, y se lo deis de parte de dos noveles caballeros de la insula Firme, y que guardándole la vida, mande dél hacer lo que mas sea su servicio.—Bien decis, dijo el Rey; que como este ha sido muy contrario á su servicio, podrá ser que este premio le traiga en otro conocimiento, con que sus grandes yerros sean enmendados.» Esto fué luego dicho á Frاندalo, de que en gran sobresalto y vergüenza fué puesto. Pero no pudiendo á él hacer, vistióse, y como mejor pudo se levantó del lecho, y tomándolo Argentó, el escudero del Rey, consigo, para le ayudar, y el Rey llevando á la doncella por la mano, á pie como estaban salieron de la nave, y se fueron á entrar dentro en la ciudad.

Quando las gentes vieron la doncella tan ricamente ataviada, y el caballero tan hermoso y con tales armas, y como delante sí llevaban á Frاندalo, que muy conocido de todos por malo y fuerte caballero era, mucho fueron maravillados de los ver, y llegábanse de todas partes por saber qué aventura allí los traía; tanto, que el camino les era embargado, que apenas podían ir por la calle adelante, y así llegaron al gran palacio

del Emperador, que á la sazón fuera en un bosque andaba á caza, que cerca de la ciudad tenia, donde en gran número habia venados y otras muchas animalias de caza, de extrañas maneras, que de lejanas tierras allí hacia traer. La doncella preguntó por el aposentamiento de la infanta Leonorina, y habiéndoselo mostrado, rogó á sus porteros que le dijese cómo una doncella y un caballero extraño le querian hablar. Cuando Leonorina lo oyó, y le dijeron de la forma que venian, mucha priesa se dió por los ver, y mandó que entrasen. Pues llegados en su presencia, donde estaba con la reina Menoresa y otras muchas doncellas, hijas de reyes y grandes príncipes, maravilláronse extrañamente en ver su gran hermosura, y mucho mas la doncella que el Rey, porque, como él hubiese visto á la muy hermosa Oriana con la reina Briolanja, y á Melicia y Olinda, como quiera que esta infanta á todas ellas en hermosura pasase, no era en tanto grado, que á él la memoria de las otras le hiciese perder.

El Rey hincó los hinojos ante Leonorina por le besar las manos, mas ella las tiró á sí, no se las queriendo dar, y levantólo. La doncella se le humilló estando en pie, sin que mas acatamiento le hiciese. Leonorina, que la miraba, díjole: «Buena doncella, vos seais muy bien venida, y el caballero que os aguarda.—Infanta, dijo ella, cuando él haya dicho la razon de su venida yo hablaré contigo y te diré quién soy, y por qué causa, con mucho peligro de mi persona, he venido á te ver y hablar.» Entonces el Rey le dijo: «Hermosa señora, como yo y otro caballero, siendo noveles, partiésemos del gran puerto de la insula Firme, y nos hallásemos en una barca por la mar adormidos en muy gran sueño, por extraña aventura, cuando dél recordamos en la alta mar, sin saber dónde la ventura nos habia guiado, y despues que algunas cosas por nosotros pasaron, la tormenta nos vino en tal manera, que nuestras vidas muchas veces fueron puestas en el punto de la muerte, no en afrenta de armas, mas en aquella con que la fortuna suele atormentar á los que le place, porque mostrando sus fuerzas en las adversidades, en mayor grado tengan su gran poder, siéndoles por ella al contrario remediadas. Pues ya llegados con mucho afán á una isla despoblada, habiendonos faltado toda la vitualla que para nuestro sustento llevábamos, y nuestra barca, con la fuerza de la gran tormenta, arrancada del puerto y metida á lo hondo, esperando la muerte, sin ninguna esperanza de sostener las vidas, ocurrió á la hora este caballero Frاندalo, perdido de su conserva, en una nave que á esta doncella traía presa. Y nosotros, así por su deliberacion della como por la nuestra, siendo por él con la cruel muerte amenazados, mi compañero con él, y yo con los suyos que en la fusta venian, hubimos una fuerte batalla, en la cual siendo nosotros vencedores, señoreando su nave, y á él tomando preso, acordamos, por ruego de esta doncella, de navegar á esta parte, donde esperamos entrar en la demanda de un caballero de unas armas negras, á quien está prometida toda la fama y toda la gloria que en el prez de las armas se puede alcanzar; y porque sabemos que aquel tan famoso caballero Amadis de Gaula, señor de aquella insula Firme, tiene sojuzgada toda su vo-

luntad á la honra y no menos servicio de vuestro padre, reconociendo aquel tan gran beneficio y merced que en sus afrentas pasadas recibió dél; nosotros, como sus caballeros y leales amigos, quisimos servir á vos, mi señora, con este Frاندalo, que, segun habemos sabido, así como por la tierra otros muchas cosas extrañas han hecho por donde ganaron gran fama, así este parece que de la fortuna le fué otorgado que muy gran parte de las mares le fuesen sojuzgadas, para que, siéndole guardada la vida, como por aquel caballero que le venció le está prometida, en todo lo otro siendo puesto en la vuestra merced, mande dél ordenar aquello que mas su servicio sea.» Leonorina estaba muy gozosa con aquellas cosas que el caballero decía, oyendo hablar de la insula Firme; agradeció al caballero aquel presente que le daba, diciéndole que en tanto mas lo tenia cuanto ellos de mas lejana tierra venidos y mas apartados de ser en cargo á su servicio fuesen.

Entonces mandó á un mayordomo suyo, llamado Almeno, príncipe de Brandalia, que pusiese buen recaudo en Frاندalo hasta que al Emperador, su padre, entregado le fuese. El rey de Dacia, vuelto á la doncella Carmela, dijo: «Amiga, ya sabeis lo que nos prometistes de nos decir; sea luego, porque aquello será causa de alcanzar lo que en otra manera muy con dificultad podríamos hallar.» La doncella le dijo: «Caballero, tornáos á la nave en tanto que yo hablo con esta infanta; que por mí os será manifiesto todo lo que yo supiere.» Pues el Rey despedido de aquella infanta, tornado á la nave, contó á Maneli, su compañero, todo lo que viera de la muy gran hermosura de Leonorina, y de la grandeza tan sobrada en que la hallara, y cómo la doncella sería luego allí con ellos, segun le habia prometido.

CAPITULO XXXVII.

De cómo la doncella Carmela habló muy sabiamente, y dió su embajada y el anillo á la princesa Leonorina, la cual quiso que las muy altas y grandes proezas de Esplandian fuesen ante el Emperador contadas, de las cuales el Emperador quedando en gran manera muy alegre y maravillado, mandó que la promesa del padre Amadis absuelta no fuese hasta que la presencia del hijo ante sí viese.

Quedando la doncella con Leonorina, como habeis oido, díjole: «Princesa, óyeme, si te pluguiere, una embajada que te traigo, á aquella ventana que allí está.» La Infanta, apartada de aquellas señoras que con ella estaban, tomándola por la mano, se fué con ella y dijo: «Agora decid lo que vos quisieredes; que de muy buen grado os oiré.» Entonces la doncella, que muy espantada en ver su gran hermosura estaba; le dijo: «Infanta Leonorina, mas hermosa que ninguna otra doncella que hoy en el mundo hubiese, muy mas resplandeciente sobre todas las bellas que el limpio sol sobre toda la otra claridad, mensaje te traigo de aquel caballero mi señor, ante el cual todos los apuestos, todos los valientes y esforzados debrian parecer como ante caudillo principal de toda la órden de caballería, y le poner la corona del imperio y señorío, aquella que es muy mas excelente que ninguna de otro señorío, por muy grande que sea; pues segun su alto comienzo en armas, en él toda la perficion dellas se espera. Y mira, Infanta, que tan crecida y alta excelencia es la tuya,

que aquel ante quien todo el mundo huye, los malos habiéndole temor, y los buenos porque no sea su fama con la dél escurecida, aquel teme ser puesto ante la tu presencia, hallándose indigno que sus grandes cosas ante las tuyas cada una en su grado no sean bastantes á tu servicio ni á la su voluntad satisfacer. Por donde le convino tener por bien que por mí sepas ser en estas tierras venido á cumplir aquella promesa que su muy famoso padre te dejó en remuneracion de las grandes mercedes de tí recibidas; haciéndote cierta ser tu caballero, y que todas las cosas que su ventura de gran precio alcanzar le dejare serán á la tu dulce memoria atribuidas; que sin ella ninguna valentía ni menos fortaleza, por grandes que fuesen, esfuerzo ninguno le podrian poner, y porque tú, muy alta princesa, mas cierta seas, toma esta joya, que con tanta voluntad diste á aquel que en persona servir no te puede; que por otro mas hermoso y mas esforzado que es él, en cumplimiento de su palabra la quiso enviar.»

Entonces le dió el anillo que ya oistes, diciendo: «Este fué quitado de la mano de aquel mi señor, del dedo que al corazon penetra, que encontrándose los amorosos rayos del uno y del otro, por se buscar las encendidas llamas, con algun descanso pasaban, mas sin él quedando aumentadas, en mayor cantidad en gran tribulacion queda.» La Infanta tomó el anillo, y mirándole, dijo: «Amiga doncella, este anillo dí yo al mejor caballero del mundo.—Así, dijo ella, por otro muy mejor que él ni que todos los nacidos, es á tí agora enviado.» Leonorina, oído esto, bajó la cabeza un poco y los ojos hacia el suelo, y así estuvo un poco pensando, sin que otra cosa ninguna mirase, y cuando recordó, vido cómo la doncella no era de allí partida, y díjole: «Buena doncella, ¿si será por ventura este caballero que vos me decis, uno de que el maestro Elisabat me hubo contado que Esplandian se llama, hijo del caballero de la Verde Espada, que en esta tierra vino, y fué armado caballero por extraña manera, con armas negras, en el puerto de la insula Firme, por consejo y astucia de la sabidora Urganda, y de allí se fué para la alta mar, sin que ninguno supiese mas dél, en una espantable fusta que en forma de sierpe parece.—No sé yo, dijo la doncella, de aqueste caballero de la Verde Espada quién fuese, pero el nombre y las armas que tú, mi señora, señalas, cierto son de aquel gran caballero por quien yo á tí vengo. Y si saber querrás lo que con esas armas negras hizo en solo un día, y la razon y causa por qué lo emprendió, y cómo yo lo conocí, por mí te será contado, y por tí tenido en gran maravilla en hecho de armas.» Leonorina le dijo: «Buena amiga, tal razon como esa mas conviene para fuertes caballeros que á flacas doncellas; y ruégoo cuanto puedo que, siéntlo en secreto guardado aquello que al Emperador, mi padre, en sospecha y turbacion podría poner, ante él recontéis eso que decis; porque el gran valor de ese caballero sea juzgado y en estima tenido por aquellos que en semejantes afrentas pasan sus tiempos, procurando con todas sus fuerzas de las alcanzar.—Pues que tú lo mandas, dijo ella, así se cumplirá, con aquel secreto que á la honestidad de dos tan altas personas, y en el mundo tan señaladas, conviene tener.»

Entonces Leonorina, tomándola consigo, sabiéndose ya el Emperador de su caza tornado, se fué al palacio donde él estaba; y siendo llegados ante el Emperador, viendo bien ataviada la doncella, saludóla, mas ella no le hizo mas cortesía de se le humillar, y díjole: «Grande y muy poderoso Emperador, por no se te hacer aquel acatamiento que tu real estado demanda no te maravilles, porque teniendo yo un solo señor, despues de Dios, á quien mi corazon siervo se ha hecho con muy grandes y no menos fuertes ataduras, no podría en ninguna manera ser puesto, en dicho ni en hecho, en obediencia de otro ningun señorío. Y no te demando perdon dello, aunque algunos yerros le empezcan en ser el mio tan diverso de todos aquellos que á tu grandeza y obediencia se deben; porque, como quiera que tu estado el mayor del mundo sea, así el de aquel cuya yo soy, por quien yo lo hago, en virtud y fortaleza de su sola persona ninguno lo igualará. Ahora, si te pluguiere, contaré la razon de mi venida.» El Emperador, que con mucha afición la acataba, mirando aquel su tan desempachado semblante, maravillándose mucho por qué causa hablaba así y de qué parte fuese venida, plúgole de saberlo y díjole: «Buena doncella, cierto creo yo que, así como en vuestra llegada vuestras cosas parecen extrañas, asimesmo será, ó por ventura mas, la causa de vuestra venida, y decid lo que os pareciere; que por mí con voluntad y no menos gana os será escuchado.»

La doncella comenzó su razon diciendo en esta manera: «Yo tengo creído, Emperador, no ser á tí oculta la gran fortaleza de la montaña Defendida, que siendo tan señoreada de aquel tan fuerte y bravo y no menos crudo jayán Cartadaque, y despues de sus hijos, muchos enojos y deservicios desde ella recibiste, sin que la enmienda dellos hasta el día de hoy, con todo tu grande estado, haber pudieses, como quiera que muchas gentes tuyas lo probaron; pues aquella tan gran fuerza, guardada y defendida de tan valientes jayanes como lo fueron Matroco y su hermano Furion, ellos siendo muertos por la mano de un solo caballero, y Arcalaus el Encantador, su tío, con Arganto, aquel que la entrada de la montaña guardaba y defendía, en un día solo fué por él conquistada. Si otra tan gran cosa como esta es en memoria de hombres, á tí dejo que lo digas; que muy pocas cosas han pasado que la grandeza tuya no las trajese á te ser presentadas. Pues siendo así ganado aquel señorío, fué luego sacado de la muy tenebrosa y oscura cárcel y cruel prision por su mano el rey Lisuarte, que allí muy encubierto y preso estaba; lo que tú ni cuantos príncipes ni grandes señores en todo el mundo sois hacer pudiéades, sin que mucho tiempo y mayor muchedumbre de gentes muertos fueran antes que esta gran montaña por vosotros fuera tomada.» Oido esto por el Emperador, dijo: «Doncella, si en eso vos me decis verdad, esta es la mayor maravilla y mayor embajada que á ningun príncipe del mundo de tal calidad traída fuese.—Yo te digo, dijo la doncella, que así es como yo lo he dicho; que mucha pena merecía quien á tan alto señor como tú eres no dijese verdad.—¿Podría saber, dijo el Emperador, quién es aquel caballero, y la forma que para acabar tan extraña aven-

tura tuvo?—Sí por cierto, dijo ella, y mas cumplidamente por mí que por otro alguno.—Pues decídmelo, dijo el Emperador, que mucho placer he de lo saber.»

Entonces la doncella le contó en qué manera el rey Lisuarte fué preso, y cómo andando en su busca el caballero de las armas negras, habiendo ganado la espada encantada en la alta peña de la Doncella Encantadora, aportó á la ermita de su padre della; y cómo desde allí se fué á la montaña Defendida, y las batallas que allí hubo con Argante, Arcalaus y con los jayanes, matándolos á todos, y cómo había sacado al rey Lisuarte de la oscura prision do ellos le tenían, sin se le dar á conocer, y se tornó á la ermita donde había salido; y asimesmo cómo la dueña Arcabona hubiera muerto al Rey con la espada si no le hurtara el cuerpo. Finalmente le contó todas las cosas que habían pasado, como la historia lo ha dicho; y cómo quedando ella en el alcázar con el rey Lisuarte, fué á ver á su padre el ermitaño, y no lo hallando en la ermita, halló echado en la cama della al caballero de las armas negras, y tomando su espada, teniéndola desnuda en la mano, puesta encima de su cabeza por matar, viendo su muy gran hermosura, se había dél enamorado súbitamente de tal manera, que no pensó vivir una sola hora, y llevando consigo la espada sin que el caballero despertase, se tornó á la montaña; y de cómo había traído al rey Lisuarte á la ermita, que mucho penaba por lo conocer, y que halló ser Esplandian su nieto, y la muy sobrada alegría que dello hubo; y de como lo llevó consigo al alcázar, y á poco espacio de tiempo se habían ido en la gran fusta de la Serpiente á la Gran Bretaña, y que ella, por mandado de Esplandian, á quien ella por señor tenía, era allí venida á la infanta Leonorina á le hacer saber de su parte cómo, queriendo Amadis de Gaula, su padre, quitarse de una promesa que le había hecho al tiempo que de su presencia della partió, que había de tornar, ó enviar un caballero de su linaje que le pudiese servir las grandes mercedes que le hizo, le había mandado á él que desta promesa le quitase; y que considerando la grande alteza y muy sobrada virtud della, con tanta hermosura cual en el mundo ninguna había que le igualase, no se tenía por tal que á princesa como ella y de tan alta guisa osase servir en su presencia; pero que do quiera que él estuviese era su caballero para la servir.

El Emperador, que esto oía, y todos los grandes que con él estaban, quedaron como espantados, que por una gran pieza no hablaron; y recordando en sus memorias las cosas extrañas que por Amadis habían pasado, y cómo con tan alto comienzo de su hijo en olvido muy presto podrian quedar, llevando este la gloria así dél como de todos los que en el mundo traían armas. Gastiles, sobrino del Emperador, que allí estaba, dijo: «Señor, segun la presencia de Esplandian, y lo que dél Urganda la Desconocida dijo, siendo yo presente, por la menor cosa de cuantas se esperan que por él pasaran, se puede esta, que á los ojos de los vivientes muy extraña parece de juzgar.—Cierto es, sobrino, dijo el Emperador; así es como vos lo decis; sola su persona bastará para sojuzgar toda la redondez del mundo.» Leonorina, que á todo esto se hallaba presente, estaba como tollida con una alegría, no como aquellas que mucha

risa y placer dan, mas de tal manera y tan nueva para ella, que con muy grande angustia y no menos congoja se mezclaba su placer; comenzando ya el cruel amor á lanzar sus encubiertas saetas en el corazon inocente y libre para la poner en aquella subjecion que el otro, siendo en la mesma libertad, había puesto; y cuando pudo hablar dijo á su padre: «Señor, veis aquí el hermoso anillo que delante de vos hube dado al caballero de la Verde Espada, que creyendo quedar él quito de lo que me prometió, me lo ha traído esta doncella de parte del caballero de quien ha hablado, que parece dar fe á todo lo que ha dicho.—Mi hija, dijo el Emperador, pues que tales dos caballeros como estos dos son en vuestro servicio, no consiento que la promesa del padre sea suelta hasta que la presencia del hijo veamos si es bastante para la quitar, y así mando que lo diga la doncella de vuestra parte á aquel caballero por cuya embajadora vino.»

CAPITULO XXXVIII.

De cómo el Emperador, siendo por Leonorina de la prision de Frandalo certificado, quiso por todas maneras hacer aquellos noveles caballeros que tan alto servicio le habían hecho, mandando á ella que se recogiese y que Carmela fuese mucho honrada en el su palacio.

«Señor, dijo Leonorina, mucha razon es que sepais un servicio que ahora me hicieron dos caballeros noveles de la ínsula Firme, que siendo en la tormenta de la mar en grande estrecho sus vidas puestas, la fortuna, que nunca deja las cosas en un sosiego, los hizo encontrar con Frandalo el Valiente, que muchos daños ha hecho con su gran flota en estas partes; y despues de haber con él y con los suyos pasado una muy cruel y sanguinolenta batalla, siendo ellos los vencedores, le tomaron una nave en que él andaba, y á él preso; el cual me fué traído en presente por el uno de aquellos caballeros, que de muy ricas armas venia armado, haciéndome saber que, despues de le mandar guardar la vida que por ellos prometida le estaba, que en todo lo demás hiciese dél como mas fuese mi voluntad.—¿Es cierto, hija muy amada, dijo el Emperador, que Frandalo es en vuestro poder?—Cierto, sí, Señor, dijo ella; que el príncipe de Brandalia, mi mayordomo, lo tiene.—Por la fe que tengo, dijo él, despues que el caballero de la Verde Espada mató el Endriago y me hizo cobrar la ínsula, nunca hasta hoy tanto placer ocurrió mi ánima como con esta prision de este mal hombre, que entiendo que en solo lo que de mi señorío ha robado, bastaría para hacer ó deshacer dos reyes, y mucho querría saber de los caballeros que le prendieron en qué forma la batalla fué por ellos lidiada.» La doncella le dijo: «Esto podeis vos saber de mí, que fui á todo ello presente, y vi cómo pasó.—Pues decídmelo, dijo el Emperador; que gustaré mucho de lo saber.»

Ella le contó por extenso cómo, viniendo por la mar de la montaña Defendida en aquella embajada á su hija, fué tomada por la gente de aquel Frandalo, y que siendo con él en su fusta, la fuerza de los vientos habían esparcido la gran flota, é hicieron arribar la nave de Frandalo á la isla Despoblada, donde hallaron los dos caballeros de la ínsula Firme, sin remedio para

de allí salir ni tener qué comiesen. Y contó asimesmo todas las palabras que entre ellos y Frandalo habían pasado, y cómo en fin dellas se acordaron en la batalla, y todas las otras cosas que pasaron, así como ya es contado. «Doncella, dijo Gastiles, ¿conocistes vos esos noveles caballeros, ó sabeis sus nombres?—No, dijo ella, mas dígoos que son muy mancebos y muy poderosos y de muy grande esfuerzo en aquello que en ellos vi; mas conozco otros dos que aquellas mesmas armas traen, que no son peores que ellos.» Gastiles dijo: «Pues bien, ¿sabeis sus nombres destes?—Sí por cierto, dijo ella; al uno llaman Talanque y al otro Ambor.—Agora os digo, dijo él, que aquestos otros que acá hallastes son el rey de Dacia y Maneli el Mesurado, que estaban por Urganda señalados que habían de recibir caballería cuando Esplandian, y así nos lo dijo el maestro Elisabat, que el día que Esplandian fué caballero lo fueron ellos.—¿Conoceislos vos? dijo la doncella.—Sí conozco sin duda, dijo él, porque yo los vi muchas veces en la ínsula Firme siendo ellos doneces, al tiempo que me hallé con Amadis en las grandes batallas que con el emperador de Roma y con el rey Lisuarte hubimos.—Pues hacledes mucha honra, dijo ella, y ganad aquella gloria que los naturales ganan con los extranjeros cuando por ellos son honrados y allegados.—Eso haria yo de grado, dijo él, si supiese yo el lugar adonde ellos son.—En una nave, dijo ella, que al puerto hoy llegó los hallaréis.» Cuando esto fué oído por el Emperador, dijo: «Sobrino, id luego allá, y trabajad mucho de me los traer.» Gastiles fué luego á cumplir su mandado, con mucho placer por hallar caballeros de la ínsula Firme, á quien tanta afición tenía; y luego el Emperador mandó retraer á su hija, y que llevase la doncella Carmela consigo, y se le hiciese aquella honra que ella merecía.

CAPITULO XXXIX.

De cómo la hermosa Leonorina, oyendo las altas excelencias de Esplandian, fué de las flechas de Cupido tan herida, que trayéndose en puridad con dulces lágrimas, dió paz á Carmela, en nombre de aquel, para quien de su cabeza le dió una rica empresa, y la doncella con devisas de coronas vistióse de muy ricos paños.

Pues dice ahora la historia que la Princesa se fué á su aposentamiento, hablando con la doncella Carmela, que ya mas que de antes la amaba y deseaba tener consigo, y íbale preguntando, riendo, si estaba muy enamorada del caballero de las armas negras, y porque vía lo había sido en tan breve espacio de tiempo. «Es tanto, dijo ella, cuanto yo entiendo que él está enamorado de otra, de que siento mucha consolacion, porque juzgue por su corazon el mio, y sienta aquella dolorosa y dulce rabia que á mí me hace sentir.—Pues ¿qué esperanza teneis della, dijo Leonorina.—Aquella, dijo la doncella, que entiendo ser entre él y mí muy contraria, que siendo yo ante su presencia, mirando su muy gran hermosura, recibe mi ánimo algun descanso. Mas él, temiendo estar ante la de su señora, considerando, segun lo que en su ausencia pasa, que con la vista suya no sería poderosa la vida de le acompañar, andará perdido, desconsolado y con mucha tribulacion, sin hallar remedio ni descanso alguno.» En estas hablas que habeis

oido, iba aquella muy hermosa princesa con la doncella de Esplandian, sintiendo en su corazón lo que sienten aquellos que son presos de aquella peligrosa y amorosa yerba, como ya ella lo estaba; teniendo en tanto lo que había de aquel caballero oído, así de hermosura como de gran valentía, que si ella fuese señora del mundo, se ternía por bienaventurada en le ser subjeta. Pues llegada á su cámara, sentóse á la mesa, que ya era tiempo de comer, y con ella la reina Menoresa, que por su aya y por guarda tenía, y las otras doncellas, hijas de reyes y príncipes, y á otra mesa las otras de gran estado, y con ellas la doncella Carmela, donde fueron de muchos y diversos manjares servidas. Pero aquello que mejor sabor y deleite en su comida dió, fué hacer á la doncella Carmela que les tornase á contar mas por extenso todo lo que con el caballero de las armas negras le había acontecido, y cómo siendo ella tan enamorada dél, pensando ser su amiga ó su mujer, se había hecho su servidora.

La doncella les contó en qué forma y manera había todo pasado, del comienzo hasta el fin, que no faltó cosa alguna, y que, como quiera que por el don que el rey Lisuarte le había prometido tuviera muy grande esperanza de casar con el caballero Negro, que despues de le haber conocido y saber su grande estado y linaje, teniendo su pensamiento por contrario y fuera de camino de la razon, se había contentado en que él la tomase por suya, y nunca de su presencia partida fuese contra su voluntad della; que esta merced tenía en mas que ser casada ni amada de ningún rey. En estas razones que habeis oído, y en otras de gran solaz, fué la comida acabada; y levantados los manteles, Leonorina quedando sola con la doncella, todas las otras se acogieron á sus aposentamientos. La Infanta dijo á la doncella: «Amiga, muy extraño me parece que, siendo aquel vuestro señor tan hermoso, se llame el caballero Negro.—¡Oh Infanta! dijo ella, óyeme y verás qué te diré sobre eso. Sábete que despues de ser conocido de su abuelo el rey Lisuarte, estando con él en su cámara, oyeron una noche antes del alba un tan dulce son en la mar, debajo de las ventanas, que así el Rey como Esplandian y los otros dos caballeros noveles se levantaron de sus lechos, y nunca á ellos pudieron tornar: tanto era suave de oír. El día venido, vieron al pié de la gran torre, en que la mar bate, la gran fusta de la Serpiente, de que no poco alegres fueron. Y desde se vistieron y bajaron por una escalera á una gran calzada, que casi el agua toda la toma en torno, no tardó mucho que, saliendo de la fusta una doncella en un batel, para ellos se vino, trayendo consigo un lio cubierto de seda, del cual sacó unas armas blancas como la nieve, sembradas todas de coronas de oro, las mas hermosas y ricas que nunca jamás rey ni emperador vistió en ninguna sazón; y dijo á mi señor Esplandian estas palabras:—Hermoso caballero, Urganda, mi señora, te envía estas armas, con que despidas aquellas que, en tiempo de tu tristeza te dió, con esta devisa de aquella que, en loor y gloria de su gran hermosura, tu padre se la puso encima de su cabeza. Y así como la triste recordacion de la causa por qué las primeras que te fueron dadas te pusieron en tal coraje y osadía de tan alto comienzo, así

la muy suave memoria destas hará tus medios y fines con muy mas crecido loor.—Y tomándolas Esplandian, dejó las armas negras, con aquel negro nombre que por causa dellas y de su gran tristeza tomado había.»

Oído esto por Leonorina, claramente conoció haberse dicho por aquella corona que el caballero de la Verde Espada, en señal de ser ella la mas hermosa doncella del mundo, sobre su cabeza pusiera. Y aunque mucho procuró por lo disimular, su ánimo fué tan alterado, sabiendo de antes cómo las cosas de Urganda dichas, todas verdaderas salian, y que así aquella lo era, segun la nueva pasion ya la tenía presa, y atormentada aquella inocencia y libertad que hasta allí poseyera; á que la doncella, que della los ojos no quitaba, claramente conoció ser aquella herida la propia suya, de que nunca pensaba guarecer, y díjole: «Princesa muy hermosa, lo que en tí sientes te doy por respuesta de lo que me preguntaste en qué manera fuí enamorada de Esplandian, mi señor, lo cual así como yo, tú no lo sabrás decir.»

A ella le vino una color muy viva y reluciente, de la mucha vergüenza que hubo, y dijo á la doncella: «Amiga, pues que habeis cumplido lo que os mandaron, ¿qué quereis hacer?—Si tú lo mandas, dijo ella, ir á consolar y reparar la vida de aquel con aquella medicina que de aquí llevar puedo, ó le dar de todo punto la cruel muerte, si tal como espera no la llevase.—Pues id-os agora, dijo Leonorina, y saludadme á vuestro señor, y decidle aquello que mi padre mandó que le respondiese en su venida, y dadle este prendedero que aquí en mi cabeza veis, que fué la primera joya que Grimanesa, mi abuela, dejó á su amado amigo Apolidon, y que mas por el nombre que por su valor la traiga por amor de mí.» Entonces quitando el prendedero de sus hermosos cabellos, que era de las mas ricas piedras guarnecido que nunca hombre vió, se lo puso en la mano á la doncella. Cuando ella esto vido, considerando el gran servicio que á Esplandian había hecho en aquella merced que de allí llevaba, hincó las rodillas ante Leonorina, diciendo: «No por mí, que á ninguno puedo ser sujeta, mas por aquel que á tí lo es, te quiero besar las manos.—Por esa via, dijo la Infanta, conviene que yo las dé, mas haré yo en vos lo que él merece.» Y bajándose, tomóle la cabeza entre sus hermosas manos y besóla en la faz, no pudiendo ya resistir, aunque con mucha premia lo procurase, que las lágrimas á hilo por sus hermosos carrillos no se le vertiesen. Y llevando la doncella consigo á otra cámara, la hizo vestir unos muy preciados paños con aquella devisa de las coronas, que ella siempre en las grandes fiestas traía, que de muchas dellas eran sembrados.

CAPITULO XL.

Cómo el Emperador no quiso dar licencia á los caballeros noveles y á Carmela que se partiesen hasta que algunos días con él holgasen.

Acabado por Leonorina el despedimiento de la doncella, dice la historia que fué luego donde el Emperador su padre estaba, que muy alegre por tener consigo al rey de Dacia y Maneli el Mesurado le halló. Y cuando ellos así la vieron por el palacio entrar, acompañada

de tan grandes señoras, muy maravillados fueron dello, y mas especialmente de su gran hermosura. Maneli, que no la había visto, fué á hincar las rodillas ante ella por le besar las manos, mas ella las tiró á sí, y no se las quería dar; Maneli porfiaba todavía por las besar, mas el Emperador le dijo: «Hija mía, no las deis; que ese caballero que delante de vos está, es hijo de los mas preciados reyes del mundo.» Entonces la Infanta lo levantó por sus manos, y fuése á sentar cabe el Emperador y cabe su madre. Pues allí estando, como habeis oído, supieron los dos caballeros noveles de la doncella Carmela todas las cosas por que Esplandian había pasado en la montaña Defendida, como lo había contado al Emperador; de que muy alegres fueron, así por la deliberacion del rey Lisuarte, como por la buena ventura de Esplandian, que ellos mucho amaban, y demandaron licencia al Emperador para se ir luego á la montaña, donde pensaban que Esplandian estaria, ó vernia presto, segun la doncella selo certificaba. Mas él no se la quiso dar, sin que allí con él algunos días holgasen. Lo cual, mas por le servir que por su contentamiento, otorgaron; y luego fueron aposentados en aquel aposentamiento en que solia posar el caballero de la Verde Espada cuando allí estuvo, y la doncella en el aposentamiento de la infanta Leonorina, entre aquellas doncellas suyas, de alta manera.

CAPITULO XLI.

Cómo, sabido por el Emperador que Armato, rey de Persia, tenía cercada la montaña Defendida, envió á Frandalo, ya de su mala secta convertido, y á los noveles caballeros á la socorrer, y cómo la doncella Carmela se partió con ellos.

Estando el rey de Dacia y Maneli el Mesurado y la doncella Carmela en Constantinopla con el Emperador, como la historia vos lo ha contado, muy viciosos y servidos de todas las cosas que menester habian, como en casa de tan grande hombre, hablando el Emperador con los noveles caballeros, sabiendo todas las cosas que en la Gran Bretaña pasaron despues que Gastiles, su sobrino, de allá vino, y la infanta Leonorina con la doncella, que ya mucha soledad sin ella pensaba tener, pasados algunos días, en que les parecia que la voluntad del Emperador era bien satisfecha, tomaron dél licencia, y queriendo entraren la mar para se ir á la montaña Defendida, llegó á la sazón al puerto una barca en que cuatro hombres venian de aquellos que al maestro Elisabat con su sobrino Libeo en la montaña había dejado, los cuales salidos en tierra, y venidos en la presencia del Emperador, hiciéronle saber cómo Armato, rey de Persia, sabiendo cómo los gigantes eran muertos, y que en ellos no había tal defensa como la pasada, y que el caballero que los mató y ganó aquella fuerza era de allí partido; que él por la tierra con gran gente, y otros capitanes suyos por la mar con gran flota, era venido á la cercar, y que ellos por grande aventura habían salido y pasado por entre sus fustas, por mandado de Talanque y Ambor y Libeo para le hacer saber estas nuevas; y como aquella montaña estaba en su servicio, que así lo dejara mandado Esplandian al tiempo que de allí con el rey Lisuarte partió,

venian para que, como sobre cosa suya propia, mandase poner el remedio

Oído esto por el Emperador, estuvo un rato que no dijo nada, pensando cómo en el socorro de tal afrenta muy gran cosa y trabajo se le aparejaba, y de otro cabo conociendo que si se perdiere se perderia de su servicio; y así, acordó qué mejor partido le seria el trabajo que no la holganza, dejando una cosa tan señalada como aquella montaña era, en tal manera que su enemigo la pudiese cobrar, y dijo á los caballeros: «Amigos, dejad vuestra partida, que con mas aparejo que el de vosotros solos es razon que se haga.» Y luego mandó que le trajesen delante á Frandalo, aquel que su hija había mandado guardar. Y venido á su presencia, hincadas las rodillas en tierra, demandó piedad y misericordia, entendiendo que no le fuese otorgada. El Emperador, dejándolo así estar, le dijo: «Frandalo, si yo creyese que con las muy duras y ásperas prisiones que vos mandase dar fuesen remediados todos aquellos á quien tanto mal habeis hecho, y mas los muy grandes deservicios que yo de vos muchas veces he recibido, en tantas y tan duras y muy crueles os mandaría poner, cual jamás otro hombre en este mundo fué puesto; mas considerando yo que vuestras muy grandes fatigas y muchas angustias no quitan ni remedian las suyas, he acordado, si vos por bien lo teneis, de usar de aquello que el nuestro muy alto y piadoso Señor hacer suele con los malos y grandes pecadores, que tornando al revés sus obras de malas en buenas, y en ellas perseverando, les promete y da piadosamente salvacion en el otro mundo. Y yo, como ministro suyo, vos la daré en este, si quisiéredes dejar aquella vuestra mala y perversa secta que hasta aquí habeis tenido, y las muy malas obras y grandes daños que á muchos, sin os lo merecer, hecistes, y sirviéndome á mi en tal manera, que no solamente tenga razon y causa de poner en olvido los grandes enojos que me habeis hecho, mas que con gran razon vos pueda y deba hacer mercedes. Agora me decid lo que en esto haréis, no con aquella verdad que los que siguen lo malo tener suelen, mas con la de la noble caballería que recebistes.»

Frandalo, que aun de rodillas estaba, esperando que los grandes males por él hechos no darian lugar á que la fe de le guardar la vida que le prometieron le fuese cierta, viendo cómo en su querer y voluntad el Emperador lo dejaba, que la libertad ó la prision escoger pudiese, fué muy alegre y dijo: «Señor, las grandes y buenas venturas que hasta aquí la fortuna me hizo cobrar, así con mi sola persona como con la de otros que me ayudaron y sirvieron, no dieron lugar á que otro estilo tomase sino aquel con que mi codicia y soberbia satisfechas eran, creyendo yo que para siempre la fortuna amigable y contenta la tenía. Mas agora, considerando que en tan pequeño y breve espacio de tiempo, por mano de un solo caballero de tan poca edad quiso derribarme de aquella tan grande alteza en que puesto me había, así como ella hizo tan gran mudanza, así yo la he hecho en mi propósito, remitiéndome mas á la razon que á la voluntad. Y si vuestra grandeza, habiendo de mí piedad, quisiere fiarse en mi palabra, por mí será cumplido todo aquello que me mande que yo ha-